

RIMAS

Como la aguja del pino
clavada en la voz del viento
tengo un sueño clandestino
impropio de mi momento.

Tengo un canario en la idea
con alas de corazones
y una intención que voltea
los bronce de mis pasiones.

Tengo paz y tengo amor
por todas mis latitudes
cuando revienta el clamor
de ajenas ingratitudes.

No soy sombra ni reflejo
ni soy bronce ni cristal.
¡Cuando me grita el complejo
cigo a mi honor terrenal!

Como la aguja del pino
clavada en la voz del viento
tengo un sueño clandestino
impropio de mi momento.

EULALIO OSTOS LOPEZ

TEMA CUARESIMAL

PRIMERA PALABRA DE CRISTO EN LA CRUZ

A Ubaldo Martín.

«Y un soldado descargó una bofetada
sobre Cristo y no por odio, sólo por con-
graciarse...»

La cordaire

«PADRE PERDONALOS PORQUE NO SABEN LO QUE SE HACEN»



ahora, ya está Cristo clavado en una cruz.

Han pasado los crudos momentos - ni instantes siquiera
para Dios - en que para siempre ha afirmado Cristo su
divinidad.

¿Eres tú el hijo de Dios? ha preguntado a Cristo el Sanhedrin:
Yo lo soy (Tú lo has dicho) ha sido la reducida respuesta por la que
se definió Hijo del Eterno, inmenso, infinito, sin matemática acep-
ción.

Es el Hijo de Dios y con esta afirmación que ratifica su origen
divino acepta la consumación de una condena y el dolor de una
muerte en forma cruenta, con todo el valor humano de quien sere-
namente acepta su condenación, pues por ella, por su respuesta, ha
podido decir el Sanhedrín ¡Ha blasfemado, reo es de muerte! Con
este presupuesto la talmúdica sentencia puede estar considerada
haciéndose perfecta su legalidad. Por ello y por la aplicación injus-
ta de otros preceptos legalistas, ahora, en estos momentos, está
Cristo clavado en una cruz.

¿Qué hará o qué dirá el Justo en esta hora sin igual? Será lleva-
do a la muerte como cordero al que se le va a tondar, había dicho
el Profeta.

¿Se oirá del Cordero el dulce balido? ¿Callará el Dios que muere
en la conciencia de su fin que ante ningún hombre debe justificar o
plorará el Hombre reprochando la humana ingratitud?

Bien podía callar, pues la justificación sólo para el Padre había
de ser y bien pudo también Cristo imprecuar a los que vociferaban,
quejándose de su incomprensión e ingratitud (¿cuántos de aquéllos
no sabían de los milagros debidos a la taumaturgia de su voz?).

Pero Cristo no calló, ni imprecó. No calló, porque moría por los hombres y había de legarles un testamento de infinita comprensión y no imprecó a los que le ofendían, porque muriendo acataba en todo su propia voluntad: ¡Aparta de mí este cáliz, había dicho Cristo en Gethsemani, añadiendo, en perfecta sumisión a su designio: «Mas no se haga mi voluntad, sino la tuya».

No caben en el Hijo de Dios las quejas, ni se entienden en el Varón de Excelencias pretextos basados en la ajena culpabilidad. Quiso morir y todo, todo, hasta llegar a su cruento fin, explícitamente lo aceptó

No silenció Cristo sus profundos sentimientos, y ellos, a claros pensamientos los hubo de traducir. Pensamientos precisos, que emitió con su voz aventándolos a los aires de todos los siglos y enviándolos a los oídos de todos los que le quisieran escuchar.

Surgieron sus palabras como arpegios de tonación dolorida, depurada en cortedad de frases, cual sentencias dictadas a perennidad.

Siete, siete veces, rebosaron con la palabra las dulzuras de aquel amoroso corazón y en las siete y en cada una de ellas, encerró toda la paráfrasis de su Divinidad, de su Dolor y de su Comprensión.

La primera vez que desbordó su corazón, fué como el salir el balbuceo de la boca del niño, en el que vierte la pronunciación de lo que le es más cercano y más vivido, lo de la primera urgencia, lo de la primera necesidad. Cristo dijo ¡Padre! pronunciando así la más elemental y la más inmediata forma del humano hablar...

Fué la urgencia de quedar testimonio fehaciente de su hermandad la que acució a Cristo a decir ¡Padre! y fué también, porque era primario en sus anhelos conseguir la humana redención. ¡Padre! sí, Padre, porque si padre es el que castiga y el que premia, el padre es siempre el más dispuesto de todos los hombres para en última instancia comprender... y perdonar.

¡Padre! dijo Cristo y en estos solemnes momentos declara explícitamente su hermandad con los que se atreven a hacerlo matar.

Después añadió ¡perdonalos!. Cada palabra de las suyas está acentuada de sabiduría infinita, de infinita comprensión.

¡Padre perdonalos! ¿Perdonar a quién?: A éstos, a mis hermanos, a los que han pedido que mi sangre caiga sobre sus cabezas, a los que vociferan y a los que rugen, al que dictó injusta sentencia, lavándose las manos en escéptico gesto de romano con imperial presunción, al que me negó al filo del alba cuando cantaba el gallo, a los que me seguían desde Galilea y ahora me abandonan, a los que se juegan mis vestiduras y a los que debiendo llorar no lloran y... hasta a los que no son capaces de ningún sentimiento, ni bueno, ni malo, por el ajeno dolor.

¡Padre perdonalos...! Es la contradicción de toda la Teodicea pagana con sus dioses vengativos. Ahora, también los rayos del Sinaí se irisan en apaciguante fulgor.

Si Cristo pidiendo el perdón obraba sólo como hombre, hubiera sido el suyo el más extraño proceder, ante el proceder común de la

irascible Humanidad. Pero el acento del Hombre, estaba cargado de toda la voz del Dios y así y por ello, su petición de perdón, estaba sustanciada con la más alta caridad. De la caridad del Dios de Israel, cuando olvidando apostasias enviaba a su pueblo el maná.

¡Padre perdonalos! Pero... perdonar supone aborrecer una ofensa y sin ella no tiene sentido la invocación del perdón. Perdón sin ofensa es «flatus vocis...» hablar por hablar.

¿Se puede perdonar la ofensa que no existió? No cabe la palabra vana en la sabiduría infinita.

Cristo ha dicho ¡perdonalos! ¿perdonar el qué? Perdonar la ofensa hecha a Cristo, a El, que muere, y la injuria que con ello se hacía al Padre creador.

Grande, tan grande como es la magnitud de la ofensa, grande, tan grande, es el valor que tiene la petición de la absolución.

¿Cuánta es la magnitud de esta ofensa y cual el alegato que se hace para pedir la absolución? Infinita era la gravedad de la culpa e imperdonable fuera, si el abogado no fuera la propia víctima que demanda para los causantes de su muerte generosa absolución.

Cristo muere y con El, el Hombre que se extingue, porta en sí todo lo que de humano puede tener la humanidad. Cristo ha conocido de la injuria y del desagradecimiento y de la envidia y de las apostasias y del mero hablar por hablar. Todos los turbios fondos de los hombres, todas las amargas aguas del recipiente de sus almas, han sido vistos y probados en la humana trayectoria de Cristo Redentor. Cristo comprende, porque conoce de los hombres «el ser montaraz» y sabe, que el que manda es celoso de su mandar y por no perder el mando puede llegar a la indignidad, y sabe, que por amor al dinero se puede vender o traicionar al amigo y sabe también, que pueden dictarse leyes y órdenes que injustamente acaben con una cuestión y que un hombre se aleje de otro hombre, por no compartir su infortunio y que una muchedumbre diga hoy, ¡viva! y mañana, ¡muera!, por colectiva sugestión, y sabe que al gavilán le alegra ver la sangre de la paloma y conoce todo lo turbio que pudo haber en la caída de los ángeles y toda la miseria que el padre Adán nos legó.

Cristo sabe y Cristo comprende y Cristo perdona, porque el perdonar es la más alta función que puede ejercitar el alma que sabe comprender.

Pero... si el perdón es pedido porque el corazón lo demanda, se hace necesario el alegato que justifique lógicamente las demandas del corazón, y Cristo añade «...porque no saben lo que se hacen». Así, sumariamente, concretó su alegación.

«Porque no saben lo que se hacen».

Todo hacer consiste en un mover deseos, en un realizar actos en alguna dirección. Supone una manifestación de voluntad.

Si de Cristo han pedido la muerte y le han vendido y ha sido condenado ¿cuál y en qué estará cifrada la verdad de la alegación?

No cabe en Cristo, ni por error misericordioso, la falta de verdad que va entrañada en todo error.

¡Jerusalén, Jerusalén! te he llamado como llama la gallina a los polluelos para cobijarlos bajo sus alas y tú no quisiste... Así ploró Cristo en pasados días presintiendo su fin, mas Jerusalén no entendió la llamada de su amor.

In tenebras fuit et tenebras non comprenderunt... ¡No! no, se disiparon las tinieblas del intelecto, ni la luz de la fe en Cristo bañó de Israel el corazón. (Romanos C. 9, versículos 30 y siguientes).

¿Cuándo vendrá el Mesías? anhelan aún los incrédulos judíos y es porque en el Cristo no lo supieron ver.

«Perdónales Padre por que no saben lo que se hacen».

En el clavarle en la cruz hubo conocimiento, tal vez la ignorancia estuviera en el porqué.

Porque si hubieran sentido en Cristo al Mesías.

Porque si hubieran visto con los ojos de la fe que verdaderamente era hijo de Dios,

Porque si con blandura de corazón hubieran, no sólo sabido, sino intuido que aquel galileo de pobres vestiduras era su Señor.

¿Habrían sido sus corazones tan duros y su mente tan insensata como para dar muerte a su Salvador? (Hechos, Capítulo 3. Versículos 13 y siguientes).

Estaba escrito que había de morir y para su muerte obró la humana comisión, habiendo para ello un delito colectivo en el que medió la malicia humana y la humana estupidez (Hebreos. C. 9. Versículos 16 y 55).

«No saben lo que se hacen» ¿En verdad supieron a ciencia cierta que mataban al más augusto Señor?: Que mataban a su Señor no lo supieron, la infinita sabiduría así lo declara para lograr la absolución. «No saben lo que se hacen». Pero... que mataban a un justo, a un hacedor de milagros, eso, hasta la inteligencia más opaca si que lo pudo comprender.

La Envidia, el Escepticismo, la Cobardía y la Estupidez humana expresadas por el pueblo de Israel clavarón a Cristo en una cruz. Todo el sucio légamo de la Humanidad se vertió sobre Cristo Redentor.

Unos pocos, muy pocos, confesaron a Cristo en su conciencia y proclamaron con su presencia o su palabra la Deidad y éstos le lloraron y transieron sus corazones del más acervo dolor.

Cristo muere y en aquel momento las opacas mentes de los israelitas no dejaron pasar las luces de la fe al corazón. (Hebreos, C. 2).

¡Perdónalos Padre por su gran ignorancia y por tu infinita bondad!, pues si mi muerte es suficiente para alcanzar la salvación a vivos y a muertos, a pasados y a venideros, quiero que a éstos aquí presentes, también los comprendas en tu perdón.

«No saben lo que se hacen»... Y cae sobre ellos el estigma más nefasto que marcó a la Humanidad.

Cristo al morir comprende y Cristo pide el perdón. Toda la estulticia humana, estuvo congregada a la hora de su muerte a su alrededor. Tuvieron ojos y no vieron, pies y no supieron andar. En aquella hora sólo estuvo viva la soberbia de Belial unida a la estu-

pidez de Adán en su caída y a la heredada malicia de su hijo Caín, matador del justo Abel.

Todo lo que metafísicamente puede inspirar el mal y todo lo que humanamente lo puede ejecutar; las malas tendencias, el no saber lo que es el goce del Paraíso, la humana envidia y el humano rencor. Todo, todo aquello, que es causa de la turpidez de la mente y de la dureza del corazón. Todo, todo lo que veló los ojos que no vieron la luz divina que iluminaba a Cristo Redentor.

Grande es la comprensión de Cristo y grande, más grande aún es su perdón. Quiso así completar su misión de amor. «Amaos los unos a los otros», había dicho y sólo queriendo desconocer la malicia humana y sólo queriendo comprender su turpidez, sólo así, pudo pedir que lavara la negra ofensa hecha al Padre, el agua limpida del perdón. Así, perdonando, ratificó su tesis de la Ley del Amor.

De lo que en humana lógica nadie puede absolver a quien realiza ofensivos actos, es que éstos se hagan contra un justo, sin ningún motivo y por un estúpido rencor. Esto es de humano pensar, pero Cristo, perdonando a los que sin causa le ofendían, saltó por encima de toda la humana comprensión obedeciendo sólo a los imperativos de su promulgada Ley del Amor, y es que como San Juan nos dice «a Dios nadie le vio... pero fué conocido por su amor». (Epístola 1.^a C. 4. Versículos 12 y siguientes).

FRANCISCO MARCOS LOPEZ

TRES ESCRTORES EXTREMEÑOS

(Micael de Carvajal, José Cascales Muñoz, José López Prudencio), por Francisco Elías de Tejada.

Volumen IX de la Colección de Estudios Extremeños publicados por los Servicios Culturales de esta Excelentísima Diputación Provincial.

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES
LIBRERIAS DE CACERES